

TONI HILL

Ciudad Satélite

Flash Relatos



TONI HILL

Ciudad Satélite

Flash Relatos



TONI HILL

Ciudad Satélite

Flash Relatos

Violeta se enteró de que se marcharían del pueblo el mismo día que a Roque, el hijo de los Tintas, lo mató un lobo en la sierra. Justo cuando se le cerraban los ojos oyó desde su cama que su madre se lo decía a la abuela y que esta, por una vez, protestaba sin demasiado convencimiento. Eso fue después del episodio en que un grupo de lugareños rodeó la casa, sumidos en un silencio fúnebre, y de que la madre de los Tintas, Luciana, que dirigía su familia y la comitiva con voz de acero, exigiera a gritos ver a la niña. «La que le echó mal de ojo a mi Roque en la fiesta del Árbol —dijo—. La misma que con sólo seis años ya ha enterrado a media docena de inocentes. La que casi no habla con los vivos si no es para mandarlos a la tumba»

Violeta se alarmó, por supuesto; aunque era verdad que hablaba poco, oía a la perfección, y el tono de la mujer, estridente como el crepitar de un leño húmedo en el fuego, no presagiaba nada bueno. Se acercó a la ventana y atisbó hacia el exterior, amparada por los visillos ásperos y ajironados que la abuela procuraba mantener de un blanco impoluto, por más que ahora ni su vista ni sus ganas de lavar eran ya las de antes. El grupo lo formaba una docena de personas, hombres y mujeres, casi todos provistos de linternas cuyos haces de luz apuntaban hacia la casa como rayos acusadores. Uno atravesó el cristal y la deslumbró, como parecía suceder a los personajes de las estampitas bíblicas que Violeta coleccionaba con fruición y con las que jugaba a inventar historias que, en realidad, tenían poco de religioso. Se metió en la cama de nuevo, se tapó hasta la cabeza e hizo lo que solía hacer

cuando el mundo la amenazaba: cerrar los ojos y buscar en la oscuridad caras amigas. Sonrió al ver que Roque ya estaba allí, tan rubio y tan apuesto como antes de que se empeñara en salir de caza con los quintos para acabar con el maldito lobo que irrumpía en el pueblo de noche y diezmaba las gallinas.

—Te lo dije —le susurró, y Roque se encogió de hombros con ese gesto tan suyo que había encandilado a la mayor parte de las muchachas de los pueblos de la sierra.

A Roque Trujillo y sus familiares los llamaban los Tintas por su bisabuelo, Amador, que tenía fama de ser muy presumido y de arreglarse en exceso. En unas fiestas salió a la calle con una flamante chaqueta nueva, de un color muy claro, y se pavoneó por el pueblo como lo habría hecho un señorito. Nadie sabía muy bien por qué llevaba una pluma en el bolsillo del pecho o si acaso pretendía escribir algo con ella, él, que apenas sabía firmar con una cruz, pero los más viejos aún recordaban la mancha, negra como un escarabajo, que fue creciéndole en la pechera sin que se diera cuenta y desgraciando poco a poco una prenda que ya no tuvo arreglo. Después del sofoco inicial Amador se lo tomó con bastante buen humor y aceptó con resignación simpática las irremediables mofas de sus vecinos. Desde ese día pasó a ser el Tintas, un apodo que heredarían sus numerosos descendientes y que, en plena década de 1970, seguía tan vivo como lo fue la mancha que lo originó. Los Tintas se habían caracterizado por ser guapos, rubios y de piel blanca en un mundo de morenos castigados por el sol, así como también por casarse con mujeres fuertes y mandonas. El pobre Roque no habría sido la excepción ya que, a sus diecinueve años, andaba en relaciones con Carolina, una muchacha seria, prima lejana de la madre de Violeta, tan devota que había estado a punto de hacerse monja. Quizá ahora, tras ese desengaño trágico, la llamada sonara de nuevo y la arrastrara al convento. «Me alegra que no le haya dado por ahí —comentaría Roque a Violeta unas noches más tarde, cuando se hubo

acostumbrado a ese nuevo lugar donde residiría eternamente, sin envejecer un ápice—. Prefiero verla disfrutar con otro lo que no pudo gozar conmigo.»

Violeta estaba tan encantada con su nuevo amigo, el mismo que en vida apenas le había dedicado una mirada, que se olvidó de lo que sucedía fuera, de la medialuna de personas —más avergonzadas que hostiles— que cercaban su casa. La mayoría de ellas estaban allí por Luciana, por no dejarla sola, pero sobre todo por salir del velatorio, porque había algo horrible en ver a aquel mozo espléndido amortajado sobre las sábanas, un recordatorio de que la muerte no siempre se llevaba a los viejos o a los enfermos, ni siquiera a los malos. En el fondo, pocos de los congregados creían en la letanía de aquella madre destrozada que difamaba a una niña de tan corta edad.

Porque sí, sin duda, algunos habían visto a la cría acercarse a Roque y a Carolina el día de la fiesta del Árbol en el bosque, a media tarde, mientras el sol ya acariciaba con desgana las jaras florecidas, y abrazarse al cuello del mozo cuando este estaba recostado contra el tronco de una encina contemplando a su novia, que, sentada a unos metros de distancia, también se dejaba acariciar por esa mirada impúdica, atrayente y terrorífica. Había sido un día de febrero luminoso y agradecido, y niños y mayores habían plantado las semillas de los futuros pinos entre juegos, meriendas y canciones. Roque y Carolina, junto con otros jóvenes, habían ayudado al maestro a dirigir a los ejércitos de pequeños campesinos armados con palas y otros aperos, y luego, cuando ya se cansaron, buscaron un rincón discreto y fresco entre las encinas que ahora ocupaban el lugar de los antiguos robles, y se dedicaron a flirtear sin tocarse, a lanzarse besos al aire y, al menos Roque, a contener ese calor que le subía desde el vientre y le secaba la boca, dándole una sed que sólo podría calmarse con la piel dulce y lozana de Carolina. Un oasis vital y a la vez ponzoñoso porque, aunque estaba ante él, despejado e incitante, abalanzarse a dar un trago de sus aguas le habría valido el rechazo de la

muchacha, y eso, en su delirio amoroso, habría significado la muerte en vida, lo que entonces, qué iluso, consideraba peor que la muerte de verdad.

Violeta había aparecido entre los dos; sin decir palabra, como de costumbre. Se había inclinado hacia el joven, que mordisqueaba una brizna de hierba y apretaba las manos contra el suelo para no soltarlas a recorrer un cuerpo que le estaba vedado por años de costumbre y de miedo al qué dirán. La niña había apoyado luego su manita en el hombro de Roque y había fingido darle un beso en la mejilla, al tiempo que, rápidamente, con timidez, había acercado los labios a su oreja y musitado algo que sólo él pudo oír.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Carolina, sorprendida porque en el pueblo se sabía bien que la niña de Victoria apenas había dicho una centena de palabras en sus seis años de vida.

—*Ná*, tonterías de chiquillas —repuso Roque antes de añadir, dirigiéndose a Violeta—: Tranquila, guapa, que saldremos a buscar al lobo y le daremos su merecido. Como en los cuentos.

Sí, algunos habían visto esa escena aunque no le concedieron mayor importancia hasta cuatro días más tarde, cuando los hombres volvieron del bosque con dos cuerpos: el del odiado lobo, abatido a tiros, y el del joven rubio, con el cuello reventado de un mordisco. Roque agonizó durante unos minutos más, los suficientes para oír el tañido de las campanas de la iglesia, ya que el sacristán, en su afán de ser el primero en dar la noticia, hizo que tocaran a difunto antes de hora, pero no los necesarios para ver por última vez a Carolina, que en esos momentos estaba rezando el rosario con sus hermanas en el patio trasero de la casa de sus padres, tan abstraída en las oraciones que el mundo real se desvanecía a su alrededor. La madre de la chica, que sí se había enterado en cuanto la partida de hombres llegó a la plaza del pueblo, la vio rezar desde la ventana de la cocina y admiró la belleza serena, la paz que irradiaba la figura de su primogénita, y se dijo que para dar disgustos siempre había tiempo. Así que esperó hasta que terminaron para salir al patio,

maldiciéndose por el deber materno que la obligaba a pronunciar esas palabras que se clavarían como estiletes en el corazón ingenuo y feliz de la persona que más quería en el mundo. Cuando Carolina llegó a la plaza, aún con el rosario en la mano, la madre de Roque acababa de cerrarle los ojos al hijo muerto. Alguien le había cubierto el cuello con un pañuelo blanco, ahora teñido de rojo oscuro, una mancha trágica que parecía mofarse del apodo de la familia, del bisabuelo Amador y de aquella chaqueta ostentosa que sólo se puso una vez. Fue Carolina, entonces, quien, al ver al lobo muerto a los pies de Roque, recordó las palabras de la niña y exclamó:

—¡Violeta se lo advirtió! Le dijo que no fuera de caza..., que tuviera cuidado con los lobos.

Y eso había sido suficiente para que, un par de horas después, una vez cumplidos los deberes para con el cuerpo de su hijo, Luciana congregara a parte de su familia y la convenciera para emprender esa expedición nocturna. Por ese motivo rodeaban ahora la casa de Violeta, donde vivían tres mujeres solas, abuela, madre e hija, y dejaban que fuera otra fémina, la madre del finado, quien llevara la voz cantante. Durante el camino, secas ya las primeras lágrimas, Luciana había hablado a los suyos de esa niña que, según ella, advertía a la gente de que la muerte los rondaba de cerca.

—Lo mismo hizo con el viejo Satur, el de los cuchillos, y con el bebé de una sobrina mía. Y que Dios me perdone, pero hasta Victoria, su propia madre, contó que la mañana en que falleció Álvaro, su marido y el padre de esa cría, la mocosa estuvo berreando toda la mañana, inconsolable, a pesar de que ya tenía tres años. Lloraba con desesperación, llamando a su papá, desde el mismo momento en que él salió por la puerta.

Nadie sabía muy bien qué decirle, y los hombres de la familia, los otros dos hijos y unos primos que se habían desplazado al pueblo para el velatorio, tendían a pensar que Luciana había perdido la razón temporalmente por culpa de la desgracia, pero aun así consideraron una obligación acompañarla, sin

caer en la cuenta de que todos juntos, en grupo, podían sembrar el pánico en una casa habitada sólo por tres mujeres.

Violeta oyó que llamaban a la puerta y se arrebujo en la cama mientras su padre le cantaba una nana, algo que jamás había hecho cuando estaba vivo, y le extrañó porque sabía que los muertos no variaban las costumbres que tenían en vida. Cuando tenía miedo era él y sólo él quien aparecía a su lado, siempre fuerte y sonriente. Sonreía incluso unos minutos antes de sufrir el infarto que acabó con su vida, hacía tres años ya, que ella presintió sin alcanzar a saber del todo lo que ocurría. Fue entonces cuando decidió que hablar no le servía de mucho porque nadie le hacía caso: poco antes se había desgañitado aferrada a la pierna de su padre, pidiéndole que no se fuera, que no trabajara ese día de verano en que el sol auguraba un calor letal, y lo único que se había ganado a cambio había sido una azotaina de su madre, harta de oírla berrear sin consuelo. A partir de esa experiencia, siempre que la asaltaban esos presentimientos se limitaba a tragárselos como hacía con aquel jarabe que sabía a naranja podrida que le daban a cucharadas; a lo sumo, se permitía despedirse de las personas cuyo próximo fallecimiento la conmovía. Había aprendido ya que la muerte era insobornable y que una vez que esta proyectaba su sombra implacable sobre alguien —esa que Violeta veía tan nítidamente oscureciendo las facciones de su siguiente víctima— poco podía hacer nadie para ahuyentarla. También había aprendido que, por más que todos creyeran lo contrario, ese no era el auténtico final. Aun así, en ocasiones, como le pasó con Roque, la sombra venía acompañada de un aullido que la pequeña relacionó sin demasiado esfuerzo con la planeada cacería del lobo, y la embargó la esperanza de que existía una posibilidad de ganar la mano a esa sentencia. Por eso había roto su mutismo, porque como la abuela le decía a veces: «Mejor que una se arrepienta de lo que ha hecho que de lo que no se ha atrevido a realizar». Violeta no era cobarde, de eso estaba segura; sólo era prudente.

Los golpes fueron a más, acompañados ahora por los gritos de Luciana, y se mezclaron con la nana desafinada de su padre, una canción ajena a ambos, «esta niña linda ya quiere dormir; háganle la cuna de rosa y jazmín», y con los murmullos entrecortados de Victoria que rogaba a la abuela: «No abra, madre, que se rompa los nudillos contra la puerta»; y vuelta a la nana: «Háganle la cama en el toronjil, y en la cabecera póngale un jazmín», y: «Madre, le he dicho que no se acerque a la puerta. ¿No ve que esa mujer está enloquecida?», y otra vez la nana: «... que con su fragancia me la haga dor...». Y entonces el ruido del cristal roto acalló de golpe todas las voces, al menos las del interior de la casa, y Violeta intentó inútilmente conjurar a ese padre que se había esfumado de repente, sin terminar la nana, en cuanto sonó la pedrada.

—Ya basta, Luciana.

Su abuela habló al tiempo que abría la puerta y se plantaba delante de la visitante. Las linternas las enfocaron a ambas y la anciana resistió el impulso de parpadear. No quería, bajo ningún concepto, que se percibiera como un gesto de debilidad.

—¿Qué te trae a mi casa a estas horas, mujer?

—He venido a hablar con tu nieta.

—La niña está dormida. Como tiene que ser.

—¡Quiero verla ahora!

—Luciana... ¿Estás segura de que es aquí donde debes estar? ¿Irrumpiendo en mi casa de malos modos en lugar de despedirte de tu hijo?

—Mi hijo está muerto.

—Lo sé, y lo lamento. Y por eso te lo digo. Mañana lo enterraréis y no podrás verlo más. Mi nieta seguirá aquí.

Violeta observaba desde la ventana la escena: a su abuela protegiendo la puerta con los brazos en jarras como un centinela, y a Luciana temblorosa agitada por una especie de huracán interior. La abuela apoyó las manos en los

hombros de la visitante para sosegarla, porque daba la impresión de que el tembleque acabaría por descoyuntarle los brazos.

—Vuelve con tu hijo, mujer. Reza por él. Llóralo. Y dentro de unos días ven a esta casa y habla con la niña de lo que quieras.

—¡No! Ella lo sabía. Ella le advirtió...

—¿De verdad te crees semejante patraña? A mi Violeta le dan miedo los lobos, como a todas las crías. No hay más.

En el corro de acompañantes, que había permanecido en silencio hasta entonces, se inició un murmullo de asentimiento y los hombres bajaron las linternas como muestra de rendición. Sólo Luciana siguió en sus trece, sin ofrecer señales de darse por vencida.

—No quiero hacerle daño. Sólo que... que me diga...

—La niña no tiene nada que decirte esta noche, Luciana. Créeme.

La oscuridad del zaguán y la tensión del momento les habían impedido ver a Violeta, que, descalza y silenciosa, se había acercado a la puerta y se había escabullido por ella sin que su madre la viera. Los haces de luz de las linternas se elevaron de nuevo hacia la cría cuando habló y dotaron de un aire fantasmal la aparición de la pequeña figura cubierta con un camisón blanco.

—Buenas noches —dijo Violeta mientras se acercaba a la madre de Roque, que cayó de rodillas ante ella.

Nadie oyó nada más porque la niña se inclinó hacia la mujer y le susurró al oído unas palabras que eran sólo para ella, ya que de repente había entendido a qué venía la nana desconocida que su padre le había cantado hacía unos instantes.

—«Ese lindo niño se quiere dormir... cierra los ojitos y los vuelve a abrir.» Roque está bien, está dormido, y me ha dicho que la quiere mucho.

Luciana rompió en sollozos, en un llanto de esos que ya por sí procuraban consuelo, y unas cuantas mujeres se acercaron a ella para levantarla del suelo. Alguna, al percibir la serenidad que embargaba el rostro de la madre de

Roque, se santiguó y bajó la cabeza ante aquella niña que, iluminada por las linternas, parecía estar rodeada de un halo de santidad.

La escena parecía terminada: Victoria cogió a su hija en brazos a pesar de que casi no podía con ella y la abuela dio media vuelta para entrar en la casa. Pero entonces uno de los hombres señaló hacia el centro del pueblo, en dirección a la plaza de la iglesia, y gritó: «¡Fuego!», y esa fue la señal para que los miembros masculinos de la partida echaran a correr en dirección a la columna de humo, aliviados porque de repente tenían algo que hacer lejos de aquella escena de mujeres sembrada de llantos. Lo que menos esperaban era encontrarse a otra mujer bailando en ropa interior ante una hoguera pagana de rosarios, imágenes, estampas y escapularios, un aquelarre que siglos atrás habría castigado a su única autora con un fuego parecido. Esa madrugada del último día de febrero de 1975, en cambio, los familiares varones de Roque y algunos hombres más se limitaron a agarrarla para que no terminara quemándose sin pretenderlo, una tarea que no resultó sencilla porque Carolina tenía las uñas afiladas y ningún pudor en usarlas para zafarse de quienes intentaban someterla, mientras otros se empeñaban en apagar el fuego a tiempo de salvar una imagen de la Virgen antes de que ardiera por completo.

—¡Vas a condenar al pueblo, pedazo de loca! —le gritó su madre cuando por fin consiguieron reducirla y la llevaron a casa en volandas.

Sin embargo, a puerta cerrada Carolina siguió con su duelo particular, desoyendo los razonamientos de sus padres y hermanas, cantando a voz en grito en lugar de llorar de pena mientras metía sus cosas en una maleta vieja.

—Dejad que se vaya —dijo por fin su padre cuando ya hubo amanecido y la luz del sol proyectaba un halo de cordura que solía perderse en las brumas de la noche—. Si va a ponerse a quemar cosas como una bruja, mejor que lo haga lejos del pueblo.

Y fue también esa noche cuando Victoria decidió, al acostar a su hijita, que

tenían que irse. La niña lo oyó a medias, justo antes de rendirse al sueño tras las emociones de la velada.

—Nos marchamos —dijo en un tono firme que la pequeña le había oído pocas veces en su vida—. No voy a consentir que organicen procesiones para ver a mi hija. No permitiré que me la conviertan en una santa.

Violeta no sabía muy bien adónde iban, aunque sí que no se trataba de una excursión ni de un traslado temporal. Su abuela se había despedido de ella sin llorar, «porque las mujeres de esta casa no estamos *pa* lágrimas», pero apretándola contra su pecho con tanta fuerza que la niña creyó que nunca se despegaría. La anciana les había hecho bocadillos para el viaje en tren y había llenado dos cajas de perrunillas y fiambres. «Cógelas —le dijo a su hija—, que puede que esta niña sea medio mística, pero por lo que se refiere al apetito tiene más hambre que un maestro de escuela.»

—Nos vamos lejos, muy lejos del pueblo, en un tren muy largo que cruza toda España —le explicó Victoria—. Y a partir de ahora viviremos en otro sitio: en una ciudad grande y llena de casas altísimas, más que el campanario de la iglesia, en las que habita mucha gente. Muy cerca de Barcelona, que aún es más grande y tiene mar y un puerto.

Nada de eso tenía un significado concreto para Violeta, y su madre estaba demasiado nerviosa para contestar a sus múltiples preguntas.

—¿Esa ciudad que dices es grande como Plasencia...? ¿O como Cáceres? ¿Y tiene colegios? ¿Cuánta gente vive allí? ¿Por qué sus casas son tan altas?

Tras varios intentos de obtener respuestas Victoria puso esa cara de «ya basta» que la niña conocía bien y a la que prefería no oponerse. Se conformó con saber que, al menos durante los primeros meses, se alojarían en casa de una amiga de su madre a quien la cría no recordaba. Al parecer, esa mujer, que se llamaba Rita, estaba encantada de acogerlas en su piso porque hacía ya

tiempo que insistía a Victoria en que dejara el pueblo y probara suerte allí, con ella, en un lugar al que llamaba «la Ciudad Satélite».

—Tendrás que portarte muy bien, Violeta —le dijo su madre varias veces—, porque Rita y su hermano, Cristóbal, nos hacen un favor tremendo dejándonos una habitación y no quiero que se enfaden con nosotras.

Ella asentía, sin acabar de comprender el alcance de aquellos cambios y sin tener claro si le apetecían o no. En cierto modo se le antojaba emocionante alejarse de ese espacio que conocía de memoria y vivir en una ciudad como aquellas niñas que venían al pueblo sólo en verano y se quejaban de que era aburrido. A Violeta le parecían unas estúpidas, aunque, si era sincera, ella también notaba ese tedio en invierno ya que sus compañeros de clase apenas la dejaban jugar con ellos. «Cuando aprendas a hablar», le dijo una, y ella sonrió pensando en lo mucho que hablaba cuando le daba la gana y con personas que le contaban cosas interesantes, incluso terroríficas, como los hombres con heridas que se le aparecían a veces. Los llamaba «los soldados» porque le contaban historias de una guerra que los libros del colegio resumían en un único párrafo. Al principio le daban miedo ya que, a diferencia de los otros muertos que veía, percibía sus caras borrosas y siempre llegaban mal vestidos, desorientados y envueltos en un aura lúgubre. Sin embargo, fue cobrándoles cariño y perdiéndoles el miedo poco a poco, sobre todo desde que su padre le aseguró que no tenía nada que temer. «Están tristes —le dijo un día—, pero no te preocupes, Violeta; no puedes hacer nada por ayudarlos. Sólo escúchalos cuando te cuenten sus historias, como haces con los demás.

La mayor inquietud que acosaba a la pequeña mientras se dirigía con su madre a la estación de Plasencia, donde cogerían el tren que las llevaría a ese destino de extraño nombre, la Ciudad Satélite, era si todos esos compañeros de sus sueños (su padre, Roque, los soldados...) la visitarían cuando durmiera lejos del pueblo. Roque le había asegurado que sí, y se lo repitió muchas veces en la semana escasa que transcurrió entre «la noche del milagro», como

la llamaban algunas beatas del pueblo, y el momento definitivo en que madre e hija subieron al tren. Su padre le explicó, además, que las amistades de los muertos no se hallaban ligadas a un lugar concreto sino a las pocas personas que, como ella, podían verlos y no se aprovechaban de ellos. Violeta no les pedía información ni les hacía preguntas; sólo escuchaba lo que querían contarle. «Posees un don —le había dicho su padre—. Si lo cuidas, si nos cuidas, no lo perderás nunca.»

El trayecto en tren se le hizo eterno. Fueron horas interminables de estaciones, paradas, conversaciones de los adultos y campos, muchos campos de distintos colores, del verde resplandeciente al ocre árido, que la pequeña contempló apostada contra la ventanilla sin dormir apenas. Su madre daba cabezadas breves a su lado y se despertaba sobresaltada, como si no recordara dónde estaba o ignorara cuál de los dos momentos era el real, si el del sueño que acababa de tener o el de ese vagón que empezaba a apestar a humanidad y a restos de comida. Por fin, harta de esa somnolencia continua, Victoria se levantó del asiento y ocupó el que había frente a Violeta, que estaba libre.

—Nos irá bien allí —le dijo—. Ya lo verás. Es una ciudad muy grande, con muchas oportunidades, sobre todo para ti. No soportaba la idea de que te quedaras para siempre en el pueblo.

Violeta no respondió. Estaba triste: la excitación de las primeras horas del viaje había languidecido ante aquel paisaje monótono bañado en ese momento en una luz opaca, vespertina.

—Tu padre quería que nos fuéramos, ¿sabes? Siempre me decía que le habría hecho ilusión abandonar el pueblo. No lo hicimos porque yo no quería, y en cambio, en cuanto nos dejó solas fui yo quien empezó a sentir ganas de huir. El pueblo entero me recordaba a él. Pero ¿adónde iba a ir yo sola con una niña, me preguntaba, sin un hombre a mi lado? Los hombres emigran por ambición, para mejorar su vida; las mujeres sólo lo hacemos por temor, para evitar la desgracia... Ahora no tengo otro remedio, lo entiendes,

¿verdad? Lo hago por ti, Violeta, porque en ese pueblo te volverían loca. Y, no sé, quizá un poco por mí también..., no voy a engañarte. Con el tiempo el pueblo va desecándose por dentro, como esos campos. Tengo veintiocho años y he pasado un tercio de ellos de luto, por mi padre y luego por mi marido... Las personas también necesitamos que la lluvia nos riegue la piel.

Violeta no comprendió esas últimas palabras, que en realidad se convirtieron horas después en una premonición puesto que la primera impresión que ambas tuvieron de Barcelona fue el ruido insistente del agua que caía sobre las marquesinas curvadas de la gran estación de Francia, una tormenta nocturna y casi primaveral cargada de electricidad. A Violeta no le importó; cualquier cosa era mejor que la jaula con ruedas donde había pasado tantísimas horas. Estaba cansada y a la vez expectante, sobre todo por conocer a esa Rita de quien su madre le había hablado. Y por ver su nuevo cuarto. Deseaba acostarse y comprobar si sus amigos sabían dónde encontrarla. Victoria se había puesto muy seria sobre ese tema: bajo ningún concepto, pasara lo que pasase, quería oír de nuevo esos cuentos de muertos que le hablaban por las noches. Ni de eso ni de las sombras. «Si ves una te callas la boca y esperas a que pase, ¿está claro?», le había dicho.

Rita fue a recibirlas a la estación. Las saludó desde el otro extremo del andén con tanta efusividad que cualquiera la habría tomado por una hermana o una prima de Victoria en vez de una simple amiga. Lloraba, para disgusto de la niña, que había aprendido de su abuela que la gente tan expresiva solía ser la más falsa. «Líbrate de los sensibles —solía decirle la anciana con aquel tono sobrio que caracterizaba sus consejos—, así como de las lloronas y de los artistas: se creen que son los únicos que tienen sentimientos y no les importa un pimiento herir los de los demás.» Pero a Victoria tal intensidad lacrimógena no le molestó, al menos no demasiado, porque se lanzó a los brazos de aquella mujer que, aun sabiendo que tenía la edad de su madre, a Violeta le pareció bastante más joven.

—Vamos, vamos... Cristóbal nos espera fuera, con el coche. ¿Te dije que mi hermano se ha comprado un coche?

A Violeta, que había subido pocas veces en uno, la perspectiva la animó. Apenas vio al conductor, el tal Cristóbal, pero oyó que este les daba la bienvenida y que, dirigiéndose a ella, añadía: «Qué chiquilla tan guapa». Luego, a pesar de sus esfuerzos por descubrir desde el automóvil esas calles nuevas, inundadas de charcos y de vehículos, no pudo evitar que los párpados se le fueran cerrando. Y se durmió.

Despertó en una cama pequeña dentro de una habitación que no era más grande que la despensa de la casa de su abuela. Por costumbre buscó con la mirada la ventana para contemplar la luna, y al no encontrarla tuvo por primera vez esa sensación de ahogo que la acompañaría durante los primeros meses de su nueva vida. A pesar de que el mundo exterior era inmenso si lo comparaba con el pueblo, las dimensiones de su realidad cotidiana se habían reducido de una manera drástica. Una habitación diminuta y sin vistas en un piso en el que chocaba sin querer con todo.

—Tranquila —le susurró Álvaro esa primera noche en casa de Rita cuando Violeta estaba a punto de romper a llorar—. Aquí estaréis bien las dos. Sólo necesitas un poco de tiempo para acostumbrarte. Hazme caso.

Pero ni siquiera las palabras de su padre lograron consolarla cuando, a la mañana siguiente, tuvo la ocurrencia de asomarse al balconcillo y mirar hacia abajo. Siete pisos de altura la separaban del pavimento, y tuvo la impresión de que la barandilla cedía y de que ella se precipitaba al vacío en una caída sin final. Dio media vuelta y echó a correr en busca de su madre, y se abrazó a Victoria deshecha en lágrimas, convencida de que, en esa ciudad, tan distinta al pueblo, nunca estarían a salvo.

En los días sucesivos Violeta aprendió a salir al balcón sin asustarse y a contemplar con menos asombro los bloques macizos que la rodeaban, densos como panales. Lo que no perdió hasta más adelante fue el miedo a la calle.

Rita y su madre la alentaban a bajar a jugar, pero la niña permanecía encerrada y se limitaba a mirar desde el balcón las hordas de niños y niñas que pululaban por los alrededores, entretenidos con la comba o el balón, invadiendo un espacio cercano que le recordaba al pueblo porque estaba lleno de polvo. A Cristóbal lo veían poco. Él y Rita habían abierto un bar varios años atrás y trabajaban en él, y además Cristóbal estaba empleado en el turno de noche en una fábrica. De manera que para los dos hermanos la llegada de Violeta y su madre había resultado providencial: Victoria ayudaba a Rita desde que el sol despuntaba haciendo cafés, tortillas y bocadillos. A las seis de la mañana la cocina del piso olía a huevos batidos y a aceite caliente, y Violeta se levantaba ya empachada, con pocas ganas de desayunar. Por el momento no iba al colegio. Hasta septiembre no empezaría las clases, y lo haría para repetir el curso que había dejado sin acabar en el pueblo. Así pues, poco tenía que hacer y se pasaba las horas muertas bien en el bar, ayudando a su madre a fregar vasos, bien en aquel balcón que, superado el trauma inicial, le ofrecía una vista panorámica de lo que era su nuevo mundo. Seguía sin hablar mucho, pero ya no importaba. Rita y su madre parloteaban todo el rato: de los viejos tiempos en el pueblo, de los hombres. Su madre había empezado a fumar y, en un dispendio poco acorde con su carácter, se había comprado ropa nueva, un cambio de imagen que no pasó inadvertido para Violeta. Tampoco para Cristóbal.

Él también era un hombre de verbo limitado, aunque las escasas palabras que pronunciaba solían ser amables. Después de trabajar toda la noche en la fábrica dormía por la mañana, ya que no bajaba al bar hasta la hora de las comidas, cuando Rita, y ahora también Victoria, se metían en la cocina para preparar los platos. Después de comer solía echarse una siesta antes de regresar a la fábrica. Un día en que se despertó antes de tiempo y vio a la niña allí sola se dirigió por primera vez a ella y le propuso ir a dar un paseo.

—No puedes pasarte el día aquí, mirando la calle como una vieja de

pueblo y jugando con esas estampas. Vamos.

Violeta accedió. No sólo era obediente por naturaleza sino que se sintió halagada de que aquel hombretón, grande como un oso, le hiciera caso. El verano estaba próximo, y ambos bajaron a la calle en manga corta y de buen humor. Caminaron en silencio hasta llegar a una torre que la niña aún no había visto y de regreso Cristóbal le compró un polo de naranja. Buscaron un banco a la sombra y se sentaron, él a fumar y ella a pelear contra el calor que le deshacía el helado antes de que pudiera comérselo.

—¿Estáis contentas aquí? —le preguntó él.

Violeta se encogió de hombros, en un gesto que expresaba un asentimiento poco convencido.

—Tu madre parece feliz. Yo la conocí hace años, ¿sabes? Allá en el pueblo. Los conocía a los dos, a ella y a tu padre. Álvaro era un buen hombre, y el mejor bailarín de toda la provincia. No me extraña que tu madre se enamorara de él. Nadie habría podido hacerle sombra... En fin, de eso ya han pasado años. Y mira, ¡lo que son las cosas!, ahora estamos aquí, en la Satélite, vosotras dos, mi hermana y yo. A Rita y a mí no nos ha ido mal, debo decir. Trabajamos mucho, sí, pero al menos nos ganamos la vida, e incluso nos sobra un poco... para helados —añadió sonriendo.

Violeta le había visto sonreír pocas veces y notó que el semblante le cambiaba.

—Bueno, cuéntame algo tú. En cuanto pase el verano empezarás el colegio, ¿eh? ¿Tienes ganas de ir?

Violeta no podía contestar y comer a la vez; notaba los dedos pringosos, chorreantes de helado, y no quería desaprovechar ni un bocado de aquella delicia que sabía a naranja de verdad. Cristóbal le prestó un pañuelo y esperó a que terminara.

—Venga, dime: ¿estás contenta, pequeña?

—Sí.

—Vaya, ¡por fin te oigo la voz! Tenemos que hacer esto más a menudo.

—¿Comer helados?

—Sí. Comer helados. Creo que la próxima vez compraré otro para mí, que estás dándome envidia. Mira —dijo, y soltó un silbido agudo—, por ahí va el Emilio. Trabaja conmigo en la fábrica. Y quien lo acompaña es su esposa.

La pareja de desconocidos se acercó a saludar. La mujer, que se presentó como Anabel, llevaba en la mano unos vestidos en bolsas de plástico y empujaba un carrito de bebé.

—¿Sigues cosiendo? —le preguntó Cristóbal.

—Ya te digo. Voy a dejarme los ojos con tanto respunte. Aunque en el fondo me gusta, a qué engañarte —respondió Anabel. Acto seguido, mirando a la niña, añadió—: ¿Y esta preciosidad quién es?

La chiquilla se ruborizó mientras Cristóbal les explicaba la historia: que ella y su madre vivían con él y con Rita, que eran conocidas del pueblo, que habían llegado hacía un par de meses y que la niña, Violeta, acababa de comerse un helado.

—¡Violeta! Qué nombre tan bonito. Yo me muero de ganas de tener una niña, pero no: tres varones. Dos que andan jugando por ahí y este, que sólo se duerme cuando lo paseo. Y dime, guapa, ¿cuántos años tienes?

Ella deseaba contestar, porque la mujer era simpática y muy guapa.

—¿Eres tímida? ¿O es que se te ha *comío* la lengua el gato?

Violeta se sonrojó aún más.

—Habla poco —apuntó Cristóbal.

—Voy a cumplir siete años —soltó Violeta, casi para contradecirlo—. Y hablo con la gente que me gusta.

Los tres adultos se echaron a reír.

—¡Mujeres! —exclamó Emilio, que tenía los ojos muy verdes y una cara que recordaba a la de un gato montés—. No hay quien las entienda.

—Ya. Di que sí, bonita —intervino Anabel—. El problema no es nuestro,

sino de ellos: no entienden más que de fútbol y de tonterías. ¿Te gustan los vestidos?

Los desdobló para enseñárselos y la cría asintió.

—A ver si encuentro un cachito de tela y te hago uno para el verano. ¡Ay, con lo que me gustaría a mí tener una mujercita en casa y coserle de tó!

Se despidieron poco después y cada cual se fue por su lado Cristóbal y Violeta volvieron a casa caminando despacio. Él le explicó que el hombre a quien acababa de saludar había llegado de un pueblo de Granada, hacía ya bastantes años, y la niña se dijo que nadie parecía haber nacido en esa ciudad de bloques laberínticos. Todos los que conocía, la mayoría clientes del bar, habían venido de fuera. Pensó en cómo debía de ser ese lugar muchos años atrás e imaginó aquellos edificios inmensos y vacíos, sin habitar, como tumbas esperando a sus muertos.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo la niña cuando estaban a punto de llegar.

—¡Pregunta, pregunta!

—¿Por qué aquí no hay luna?

Cristóbal se echó a reír.

—¡Claro que la hay! Está en el cielo, como en todos sitios.

—Pues no se ve. La he buscado varias noches desde el balcón.

—Eso es porque te la tapan los bloques, pequeña. Haremos una cosa: el sábado, que no trabajo, subiremos a la azotea y te la enseñaré, para que te quedes tranquila, ¿de acuerdo?

Violeta asintió.

—¿Y ahora puedo hacerte yo una pregunta? —le dijo Cristóbal—. Ya empieza a hacer calor. A ver si convencemos a tu madre y nos vamos el domingo a la playa. ¿Te gustaría ver el mar?

A Violeta se le iluminaron los ojos, y por una vez en su vida insistió de viva voz durante los días que faltaban hasta el domingo para que su madre

accediera. No logró convencerla hasta el mismo sábado por la noche, cuando los tres subieron a la azotea para que Cristóbal pudiera cumplir su promesa y demostrar a la niña que la luna que echaba de menos seguía allí. Violeta sonrió al verla, y convenció a Cristóbal para que la subiera sobre sus hombros: nunca la había visto desde tan arriba y estiró los brazos para tocarla, en un esfuerzo inútil. Cristóbal le sujetaba las piernas con fuerza y ella se sintió segura y feliz. Aun así, en cuanto se le pasó la emoción, siguió repitiendo el sonsonete de que también quería ir a la playa y ver el mar. No entendía por qué su madre se resistía tanto a concederle lo único que le había pedido desde que llegaron, a pesar de que Roque intentó explicárselo.

—Tu madre quiere ir —le dijo—. Lo que pasa es que le da vergüenza. A Carolina le sucedía lo mismo: había un montón de cosas que habría deseado hacer conmigo, pero nunca se atrevió.

«Seguro que ahora se arrepiente», pensó Violeta recordando los consejos de la abuela.

—Tú déjala. Y verás como ese hombre... Cristóbal se llama, ¿no? —añadió Roque, y Violeta asintió con la cabeza—. Pues eso, que ya verás que Cristóbal acabará por convencerla.

Roque no se equivocó, y al final terminaron yendo los tres a la playa en el coche ese domingo. Rita, si bien había prometido acompañarlos, se echó atrás en el último momento. Victoria estuvo a punto de cancelarlo todo, pero la decepción dibujada en la cara de Violeta la persuadió de hacerlo, y aunque estuvo un buen rato de malhumor, quejándose del calor durante el viaje y de la larga fila de vehículos parados en la autovía, en cuanto llegaron a su destino su expresión se dulcificó. Violeta no era la única que pisaba por primera vez la arena húmeda y metía los pies en aquel lago salado, azul e interminable.

A partir de ese día algo empezó a cambiar, poco a poco, como si una corriente de alegría contenida circulara por el piso empujada por el calor.

Cristóbal solía comprar un helado a Violeta muchas tardes, y a veces también un cuento en el quiosco de la avenida. Rita salía con frecuencia, sobre todo los viernes y los sábados después de cerrar el bar, así que los otros tres habitantes de la casa cenaban juntos los deliciosos platos que Victoria preparaba. Luego su madre y Cristóbal mandaban a la niña a la cama, y desde allí ella los oía charlar y reírse; en ocasiones también escuchaba música del tocadiscos del comedor que Cristóbal encendía. No recordaba que su madre riera demasiado cuando vivían en el pueblo.

—Violeta, ¿te cae bien Cristóbal? —le preguntó una de esas noches su padre con la cara muy seria, como si la respuesta fuera muy importante para él. Ella asintió, pensando en los helados y en los cuentos, y en lo mucho que le gustaba ir de su mano por la calle—. Está bien, pues. La gente tiene derecho a rehacer su vida. Al fin y al cabo, yo ya no estoy.

—Ahora estás aquí, conmigo —repuso Violeta, porque no le gustaba verlo triste.

—Ya te dije que tú eres especial, mi niña. Tu madre no puede verme, y claro, va olvidándose de mí. Es normal.

Quizá fueron esas palabras las que la inquietaron; eso y el hecho de que su padre desapareciera durante unas cuantas noches. Violeta preguntó a los otros —a Satur el de los cuchillos, a Roque e incluso a uno de los soldados—, pero ninguno supo explicarle dónde se había metido. Cuando se cumplían siete noches exactas sin su presencia la niña no aguantó más y empezó a llamarlo en voz alta, sin darse cuenta, y luego saltó de la cama, abrió la puerta de su habitación y anduvo despacio hasta el comedor.

Sonaba música, una canción de amor lenta, y una pareja bailaba como si estuvieran en las fiestas del pueblo. A Violeta le extrañó que su madre abrazara a Cristóbal por los hombros y que él la rodeara con los brazos por la cintura. Se movían lentamente, en un vaivén casi imperceptible. Entonces lo vio: a su lado, quieto junto a Victoria, estaba su padre. Álvaro la miró y se

llevó un dedo a los labios pidiéndole silencio. Sonreía, y la pequeña lo imitó. Contemplaron a la pareja de bailarines sin moverse, dejándose invadir por la música y la paz del momento.

—Necesito un poco de tiempo —dijo su madre cuando terminó la canción—. Sólo un poco más de tiempo, por favor.

Y Cristóbal asintió: tan grande como era, en esos instantes parecía un perrazo bobalicón y complaciente.

—He esperado muchos años. No tengo ninguna prisa.

Violeta volvió a la cama acompañada de su padre, sintiéndose más feliz que la mañana en que vio el mar por primera vez. Se durmió tranquila, aún ignorante de todo lo que iba a suceder en las semanas siguientes, cuando el verano estalló de verdad, el barrio se vació de gente por culpa de las vacaciones y en sus vidas apareció alguien a quien ya casi habían olvidado.

Fue Rita la primera que mencionó su nombre, una mañana de mediados de julio, en el bar. Dijo que la había visto el fin de semana anterior en El Pati Blau, un sitio al que los jóvenes y no tan jóvenes iban a bailar.

—Estaba irreconocible, te lo juro, Victoria. Si ella no llega a saludarme ni siquiera habría sabido quién era.

Hablaba de Carolina, la novia de Roque, que al parecer también se había instalado en un piso cerca de allí, en los bloques verdes, esos cuatro mamotretos idénticos que eran, con diferencia, los más altos del barrio, y trabajaba en una panadería próxima.

—Tendrías que haberla visto —decía Rita a su madre—. ¡No sé si lo que llevaba era una falda o un cinturón ancho! Juro por lo más sagrado que a la que se agachaba un poco se le veía el pompis.

Esa noche Violeta trató de sonsacar a Roque si sabía algo de Carolina, pero él eludió darle una respuesta directa.

—Dejadla en paz. ¡Pobre Carol...! Que se divierta un poco. Yo lo haría con ella si pudiera.

La siguiente vez que Violeta oyó su nombre fue en boca de aquella mujer tan simpática, Anabel, que Cristóbal le presentó, junto con su marido, el día que la invitó a su primer helado. También era amiga de Rita, por lo visto, y una mañana de domingo en el bar, mientras hacía el aperitivo con su esposo y sus tres hijos, se despachó a gusto con «esa muchacha de tu pueblo que no sabe que a los hombres casados se los mira pero no se los toca», dijo.

—Se lo solté a la Trini —siguió Anabel—, que es muy amiga mía: «Esa

lagarta está buscándose lo que no tiene». Suerte que este —añadió refiriéndose a su marido, Emilio, que estaba acodado en la barra— sabe bien lo que lo espera si hace tonterías.

El hombre sonreía, un poco sonrojado, e intercambiaba miradas de complicidad con los otros que tenía al lado.

—Si no hicimos *ná*, mujer. ¡Hay que ver cómo te pones! —protestó Emilio—. ¿Acaso no sabes que *pa mí* tú eres la más guapa, con diferencia?

Según contaron, Anabel había puesto en su sitio a aquella jovencita descarada que, en uno de los bailes de las fiestas de primavera, se había atrevido a coquetear demasiado con su marido.

—¡Menudo baile se marcó luego tu mujer, macho! —exclamó uno de los hombres, pero cerró la boca enseguida porque las miradas de Emilio decían más que sus palabras.

Y la cosa habría quedado ahí, en un chismorreo de barra de bar, si Cristóbal, un sábado de madrugada cuando regresaba a casa de la fábrica, no hubiera tenido que meterse en una pelea para librar a Carolina de un admirador fogoso y violento. Las mujeres de la casa escucharon su versión, orgullosas de tener cerca a un hombre que sabía dar un buen puñetazo si la ocasión lo requería. Victoria incluso le dio un beso rápido, tímido pero cargado de admiración. Lo que no podía prever, al menos no en ese momento, era que Carolina también se sentiría en deuda con aquel valiente que no había dudado en atizar un par de mamporros a un agresor debilitado por el alcohol y que del agradecimiento inicial, absolutamente comprensible, pasaría en un par de semanas a un enamoramiento loco y arrollador al que cualquier hombre de pelo en pecho le habría costado mucho resistirse. Y Cristóbal, aunque bonachón, no sería una excepción.

Carolina lo esperaba por las mañanas, ya que comenzaba su jornada laboral en la panadería donde había encontrado empleo justo cuando él regresaba a casa; se escapaba a verlo al bar de Rita al mediodía y se las

arreglaba para coincidir también con él a última hora de la tarde, antes de que él fuera a la fábrica, incluso lo acompañaba a veces. Era joven, hermosa y tan descarada en su flirteo como devota había sido antes de la noche en que se quemó por la muerte de Roque. Su presencia era tan atractiva, tan invasora, que casi no dejaba espacio a la reacción por parte de nadie ni siquiera de la madre de Violeta, quien contemplaba asombrada que las miradas que Cristóbal le dirigía iban cargándose más de culpa que de deseo reprimido.

Violeta la oía llorar por las noches, y ese era un llanto que incluso su abuela habría justificado: lágrimas de impotencia ante aquella rival insolente contra la que no sabía luchar. Por si le quedaba alguna duda, sólo tenía que fijarse en las camisas de Cristóbal, siempre manchadas de carmín, y en sus ausencias del sábado por la noche, que se prolongaban hasta el domingo a la hora de comer.

—Lo siento —le dijo él un día—. No sé lo que me pasa. Esa prima lejana tuya me ha sorbido el seso.

—Entonces Violeta y yo tendremos que irnos —dijo Victoria—. No puedo seguir viviendo aquí.

—¡No! Se me pasará, te lo juro. Esto es cosa del verano, de la calor... yo qué sé. Además, ¿adónde os vais a ir tú y la niña?

—A cualquier sitio. ¿No ves que me duele...?

Se abrazaron, desconsolados, pero a las ocho de la tarde, cuando Carolina llamó al timbre desde la calle, Cristóbal bajó como todos los días, tan obediente como un perrillo faldero.

Esa noche Violeta buscó a Roque durante horas de insomnio, las mismas que su madre sufría en la habitación contigua.

—No quiero marcharme —le dijo cuando él apareció por fin.

—Eso no es asunto tuyo, preciosa.

—¡Claro que lo es! Se trata de mi madre... Y de Cristóbal. Yo quería que

fuera mi nuevo pa...

No se atrevió a terminar la frase, aunque Roque la entendió y se encogió de hombros.

—En las cosas del corazón no manda nadie, ni siquiera los enamorados. Tienes que esperar a que se les pase.

—¿Y si no se les pasa?

—Entonces te tocará aguantarte, niña. Es lo que hay.

Violeta no estaba dispuesta a resignarse, ni siquiera cuando uno de aquellos soldados de rasgos borrosos que también se le aparecían le dio el mismo consejo.

—Yo sé poco de amores, pequeña —le dijo—. No me dio tiempo a sentirlo. Me mataron y me echaron en esa fosa antes de que tuviera tiempo de enamorarme de verdad, pero he oído que es así: imparable y letal como una bala en el corazón.

—No vais a convencerme. Ninguno de vosotros —adujo Violeta—. Cristóbal quería a mi madre, y todo volvería a ser como antes si Carolina no estuviera.

Fue esa frase la que le dio la idea y el ímpetu de su corta edad lo que le impidió detenerse. A la mañana siguiente, en cuanto oyó que Cristóbal regresaba a casa, se vistió de prisa y salió sin que nadie la viera. El barrio estaba desierto a esas horas; de hecho, mientras caminaba hacia la panadería donde Carolina trabajaba tuvo la sensación de estar en el pueblo de nuevo. El mes de agosto dejaba la ciudad vacía de gente y de coches. Incluso la panadería abría más tarde, y por eso encontró a la muchacha en la esquina de la calle con un cigarrillo en esos labios pintados de un rojo cereza intenso y chillón.

Violeta percibió la impresión que su aparición causaba en la cara de aquella joven a la que en ese momento odiaba con todas sus fuerzas. Ni siquiera le parecía la misma persona a la que había visto en el pueblo, aquel

día de febrero, sentada frente a Roque. De esa tarde habían pasado casi seis meses, pero ninguna de las dos eran ya las mismas. No había nadie más en los alrededores, y la niña caminó despacio hasta plantarse frente a ella. Miró hacia el cielo: estaba despejado y el sol se preparaba para castigar la calle; no había ni sombra de nubes.

—Hola —le dijo Violeta—. ¿Te acuerdas de mí?

Carolina tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó pisoteándolo con saña.

—Me acuerdo. ¿Qué quieres?

—He venido a advertirte... como hice con Roque. Tienes que irte de aquí, volver al pueblo. Si no lo haces...

—¿Qué? ¿Qué coño va a pasarme si no lo hago?

Violeta intentó disimular la sonrisa que asomaba a sus labios.

—Tú lo sabes mejor que nadie, ¿no crees? Hazme caso: márchate al pueblo y estarás a salvo. De lo contrario...

Carolina la agarró por los hombros y la zarandó.

—De lo contrario ¿qué? ¡Haz el favor de decírmelo, pequeña bruja!

—De lo contrario, un camión te atropellará al cruzar la calle y morirás —le anunció Violeta, muy seria, antes de zafarse de los brazos que la sujetaban y salir corriendo.

Desde la esquina la vio encender otro cigarrillo, pálida bajo el maquillaje; la vio morderse los nudillos y soltar un par de blasfemias. Y, orgullosa de sí misma, también la vio alejarse de la panadería con paso vacilante y mirar a ambos lados varias veces antes de cruzar la calzada y perderse calle abajo.

Mientras caminaba hacia casa, sin prisa alguna, Violeta deambuló entre aquellos bloques enormes que al principio la amedrentaban. Ahora ya sabía que los construyeron a finales de los sesenta, cuando un montón de inmigrantes del sur de España habían viajado hasta allí huyendo del hambre y de la pobreza de sus pueblos de origen. Eran edificios baratos y feos, de mala calidad, levantados a toda prisa para dar respuesta a la demanda urgente de

vivienda. Esa silenciosa mañana de agosto Violeta no los encontró tan terribles. Supo, sin lugar a dudas, que su futuro estaba allí, en uno de ellos. Con su madre y con Cristóbal. Ahora él volvería a comprarle helados y cuentos, y tal vez incluso la muñeca que le había pedido antes de que empezara todo ese lío con Carolina. En el bar había oído que los hombres quieren hacerse perdonar. Sí, no eran Violeta y su madre quienes debían volver al pueblo, de modo que se quedarían en la Satélite porque ya no existía ninguna razón para marcharse. A lo mejor Roque se enfadaba un poco con ella, pensó, pero decidió que no le importaba demasiado. En realidad, se moría de ganas de contárselo a su padre por la noche, de explicarle lo lista que había sido, de detallarle cómo había ahuyentado a la intrusa.

Papá estaría orgulloso de su hija, de eso estaba tan segura que apresuró el paso como si así pudiera hacer que las horas corrieran hasta que llegara el momento de acostarse y llamarlo. Porque él acudiría, ¿verdad? Sí, claro que sí: iría a verla como hacía casi todas las noches, le acariciaría la frente y le susurraría al oído que todo estaba bien, que no había hecho nada malo, y le repetiría con voz cariñosa que ella, Violeta, no era como las demás niñas, que era distinta. Que ella siempre tendría un don maravilloso, mágico y especial.

Si te ha gustado este
FLASH Relatos
de Toni Hill,
no te pierdas



👉 *Los lisiados serán los primeros*, de Flannery O'Connor

Toni Hill (Barcelona, 1966) es licenciado en psicología. Lleva más de diez años dedicado a la traducción literaria y a la colaboración editorial en distintos ámbitos. Entre los autores traducidos por él se encuentran David Sedaris, Jonathan Safran Foer, Glenway Wescott, Rosie Alison, Peter May, Rabih Alameddine y A.L. Kennedy. Su trilogía del inspector Héctor Salgado se ha publicado en más de veinte países y ha sido un éxito de venta y crítica: *El verano de los juguetes muertos* (2011), *Los buenos suicidas* (2012) y *Los amantes de Hiroshima* (2014). En su última novela, *Los ángeles de hielo* (Grijalbo, 2016), nos ofrece una magistral historia de intriga psicológica que penetra en los rincones más oscuros de la mente humana, a la vez que nos refleja el ambiente de unos años marcados por la guerra y la tensión social.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Toni Hill

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: Ajuntament de Cornellà de Llobregat

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16628-48-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Contenido

Ciudad Satélite

Sobre Toni Hill

Si te ha gustado este Flash Relatos...

Créditos